

REFLEXIONES DE UN NÁUFRAGO

A 33 años de la guerra de Malvinas el contraalmirante (RE) Carlos Castro Madero, un sobreviviente del crucero A.R.A. "General Belgrano" (CRBE), dio su testimonio sobre el ataque del submarino nuclear británico Conqueror que provocó el hundimiento de esa nave y la muerte de 323 argentinos.

Como ex integrante de aquella gloriosa última dotación del CRBE, no me es fácil revivir aquellos momentos, pero debo hacerlo, para así reafirmar nuestro reconocimiento y agradecimiento con quienes ofrendaron su vida por la patria y para transmitir el ejemplo entregado por aquella valerosa tripulación con un comportamiento que nos debe llenar de orgullo y satisfacción.

La misión del Grupo de Tareas 79.3 que integraba el Crucero Belgrano, junto con los destructores Bouchard y Piedranueva, era dirigirse al sur a una zona de espera para atacar a la flota enemiga en oportunidad favorable. Asimismo, teníamos que estar listos a destruir y neutralizar cualquier unidad enemiga que detectáramos en nuestra travesía.

El 1° de mayo se realizó una maniobra de ataque sobre la flota inglesa. Era un ataque en pinza con el grupo de portaaviones, desde el norte y nuestro grupo desde el sur, navegando para lanzar el ataque aéreo con las primeras luces del día 2 de Mayo. Toda la tripulación del Crucero estaba en sus puestos de combate. Para las dos o tres de la mañana, por falta de viento que no iba a permitir lanzar a los aviones desde el portaaviones, se evaluaron las condiciones, y se retrasó el ataque para otro momento. Nos ordenaron ir a un área de espera, y caímos hacia el Oeste, sin haber entrado al área de exclusión declarada por los ingleses.

Estaba con un compañero en el camarote, descansando después de toda una noche cubriendo puestos de combate, cuando a las cuatro de la tarde sentí una explosión enorme, con lo que representa, que una mole como el Crucero se parara en seco, y se estremeciera por el impacto. De inmediato intentamos salir a cubierta. La puerta del camarote estaba medio trabada, pero conseguimos abrirla. En el pasillo pasaba mucha gente, y logramos salir a cubierta.

Al primero que vi, fue a nuestro Comandante de pie en el puente de Comando, dando las órdenes para salvar al Crucero, ya herido de muerte. Firme, inquebrantable, con absoluto control de sí mismo, mientras se vivían momentos trágicos, que sin duda destrozaban su corazón.

Hasta que finalmente, con toda entereza, tuvo que dar la que es sin duda es la orden que ningún Comandante quiere dar. La de abandonar el buque.

Aun lo recuerdo organizando el abandono, dándonos ánimo y apoyo, recorriendo las cubiertas, donde permaneció hasta último momento, no sin antes asegurarse, que todos los sobrevivientes hubiesen abordado su correspondiente balsa.

A esta valiente actitud de nuestro Comandante, se le sumó el ejemplo entregado por la dotación del Crucero, con un comportamiento que como dije me llena de orgullo y satisfacción.

El desempeño de la tripulación fue impecable: todos ocuparon sus lugares, tal como estaba planificado. El que podía auxiliaba al que lo necesitara.

Bajé algunas cubiertas para ver si podía ayudar a alguien, y después de un rato volví a subir. La escora del buque era notable.

Estábamos muy bien adiestrados. A la voz de abandono toda la tripulación acudió a sus puestos y comenzaron a arriar sus balsas. El buque estaba escorado prácticamente 60° hacia babor, así que los que tenían las balsas en estribor tuvieron muchas dificultades en la maniobra.

El mar estaba muy encrespado, y la oscuridad era cada vez mayor. Uno percibía claramente que el buque estaba hundiéndose. No obstante, la maniobra se realizó con total profesionalismo y solo imperó el espíritu solidario con el camarada en dificultades.

No hubo lugar para titubeos, actitudes egoístas o pérdidas de control por la situación tensa que se estaba viviendo. Todo lo contrario, liderazgo, disciplina, determinación por salvar al buque, y cumplimiento de todos los procedimientos aprendidos durante las sesiones de adiestramiento, se hicieron presentes.

Los integrantes de mi balsa tuvimos que tirarnos al agua y nadar a una que estaría a unos treinta metros. Una vez que nos acomodamos, miramos para donde estaba el Crucero y a lo lejos se veían dos siluetas: el Comandante Bonzo y el Suboficial Barrionuevo, que le dijo que hasta que no abandonara el buque, él tampoco lo haría.

Ver cómo se hundió el barco es una de las situaciones más traumáticas de mi vida. Parecía una película, no podía creer que eso estuviera pasando de verdad. Sabíamos que adentro quedaban muchos camaradas que no habían podido salir. Hubo un silencio que impactó mucho.

Mi temor era que al hundirse succionara las balsas que estaban próximas al buque, pero como un noble guerrero en su último acto de arrojo, al hundirse creó una ola que, lejos de succionar, alejó a las balsas.

Y en el último adiós al guerrero herido, cuando su figura desaparecía de nuestras retinas, hundiéndose en la inmensidad del océano, un sólo grito se escuchó desde todas las balsas que comenzaban su largo periplo en el mar: “Viva la Patria, Viva el Crucero Belgrano”

Afortunadamente salvo algunos indispuestos no tenía heridos de consideración en mi balsa.

No obstante, el shock de emociones era fuerte. Cuando me puse a hacer una suerte de elaboración táctica, pensaba que estábamos definitivamente en una mala situación. Por la distancia más cercana a tierra sabía que era imposible llegar, así que todo dependía

que nos rescatara alguna unidad. O sea, obviamente quería que nos fueran a buscar. Pero por otra parte pensaba que si se acercaba un buque propio lo iban a hundir también. Creía que el submarino todavía estaba en la zona, agazapado listo a volver a atacar.

Más allá de ese análisis, no podía dejar que el pesimismo ganara a la dotación de la balsa, así que les dije a todos: “A partir de ahora somos uno sólo, y tenemos que trabajar como un equipo”, la respuesta fue espectacular, un grupo de corajudos admirables. Rápidamente oscureció, por lo que en el medio del mar no se veía nada. Y al poco tiempo se desató una tormenta tremenda. Cada ola parecía que iba a dar vuelta la balsa. Nos poníamos todos de una banda, y las olas nos tiraban contra el lado opuesto. Toda la noche así. Por suerte a la mañana se calmó.

A eso de las tres de la tarde del 3 de mayo escuchamos el ruido de un avión. ¿Sería Harrier o Neptune? Dos horas más tarde vimos a los dos destructores de nuestro Grupo de Tareas.

Se veían algunas balsas a lo lejos. Empezó a caer nuevamente la noche. Si bien sabíamos que la operación de rescate estaba en marcha y que nos habían encontrado, la ansiedad era mucha. ¿Cuándo nos tocaría a nosotros? Para peor, empezó nuevamente una tormenta fuerte. Cerca de las nueve de la noche se acercó el buque Gurruchaga para rescatarnos a nosotros. El Aviso había tirado una red de desembarco por el costado. Rompimos el techo de nuestra balsa y nos tiraron una amarra. Había mucho oleaje así que cuando la balsa se ponía en la cresta de la ola y el aviso en el seno de la misma, se acercaba la balsa al buque y los náufragos iban saltando a la red para subir. Hice desalojar a todos y quedé último. El agua dentro de la balsa llegaba hasta las rodillas, y con el cansancio y el frío acumulado yo no daba más. Cuando al fin llego mi turno tuve que hacer la maniobra de acercar la balsa solo y se ve que las piernas no me respondieron y me fui al agua. Afortunadamente previo a esto inflé el salvavidas. Me sentí quebrado: estaba muy entumecido, con mucho frío, agotado. Pensaba que no había forma de salir del agua. Hasta me puse a pensar que mis padres, cuando se enteraran que había muerto al lado del buque que me estaba rescatando, no iban a tener consuelo. También pensé: “Dentro de todo, muero por la Patria. ¿Qué mejor manera de morir que esta?” Era una sensación muy rara. El cuerpo estaba muy entumecido, pero no había sufrimiento. La mente, en cambio, estaba lúcida. Estaba en esas cavilaciones cuando me cae un salvavidas al lado que me arrojaron desde la cubierta. Yo lo tomo con mi brazo derecho. Me empezaron a subir, y se me aflojó el brazo. Al agua de nuevo. Otra vez lo agarré, esta vez con la izquierda. “Si no pudiste con la derecha, con la izquierda olvidate”, pensé. Y fue tal cual: un poco para arriba, y nuevamente en el agua. No daba más. En el tercer intento, tuve el último acto de lucidez “las piernas Carlos, las piernas son las más fuertes” Así que pase las piernas por el salvavidas y me agarré fuerte como pude, me subieron y me agarraron de todos lados: los pelos, la ropa. La dotación del Aviso era muy poca, y habían rescatado a muchísima gente. Me tiraron en la cubierta y vino el médico. Para revisarme me sacó la ropa. Yo les decía: “Háganme masajes porque me muero”. Honestamente, pensé que se me iba a parar el corazón. Me levanté como pude, y me metí en un alojamiento. Ahí un par de náufragos me ayudaron. Al rato me dieron un pijama

y con eso me vestí. Fuimos de los últimos en ser rescatados. Al poco rato, pegamos la vuelta rumbo a Ushuaia.

En esta actitud de enfrentar la adversidad, quiero rendir también homenaje a los cientos de marinos que, desde el mar y el aire, se comprometieron en la operación de rescate más ardua y exitosa de la historia naval de todos los tiempos, acudiendo a nuestra ayuda con altísimo riesgo.

Como aquella aeronave Neptune que localizó las primeras balsas, pero antes de ese encuentro, su dotación aceptó continuar la búsqueda a pesar que por remanente de combustible debía abandonar la misma, a riesgo de no llegar a tierra para su aterrizaje.

Todo ese cúmulo de valores mencionados, quedan resumidos en la respuesta que dio el entonces Comandante del Aviso ARA "GURRUCHAGA", bastión en esta operación, que permitió el rescate de cientos de camaradas, cuando ante la pregunta de un integrante de su dotación, ya agotado después de tanto esfuerzo y en conocimiento del enorme riesgo al que estaban expuesto, sobre hasta cuanto más iban a permanecer en el área de operaciones. La respuesta fue clara y contundente "hasta la última balsa"

Hasta la última balsa, resume el espíritu y el valor que prevaleció en todos aquellos marinos que debieron enfrentar una situación extrema en ayuda al camarada en dificultades.

De aquella trágica y heroica jornada, yo gracias a Dios volví, formé una familia, continué mi carrera en mi querida Armada y conservaré por siempre, el orgullo de haber formado parte de la gesta Malvinas.

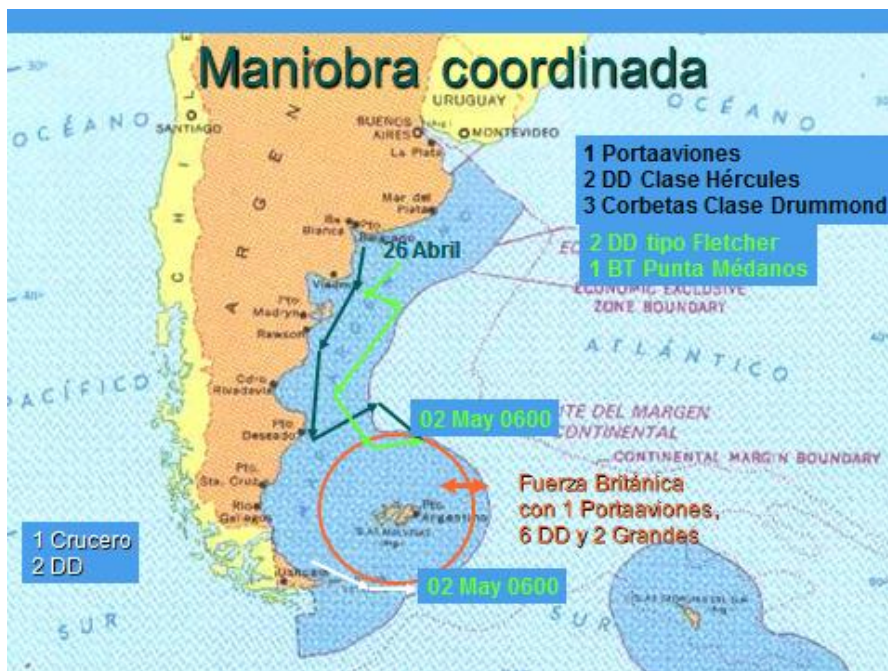
Pero lamentablemente 323 camaradas no volvieron, muchos otros lo hicieron, pero con secuelas ya sea físicas o psíquicas. Ellos y sus familias, que todos los días sufren la ausencia de un ser querido, son los verdaderos depositarios de nuestra evocación, y debería ser un compromiso ineludible de nuestros compatriotas, más allá de cualquier posición personal respecto al conflicto, expresarle todo nuestro apoyo y reconocimiento, hacerles sentir que su sacrificio no ha sido en vano y que por siempre perdurará en nuestros corazones, el afecto y agradecimiento por su entrega incondicional hacia la patria.

A aquellos camaradas que lo dieron todo, debemos decirles que los hombres y mujeres de la patria, no los hemos olvidado y que hemos aprendido de su ejemplo. Que su legado marca una impronta profunda en nuestras almas, y que pese a los innumerables problemas que a diario se interponen, lucharemos cada día por mantener, alto y vivo nuestro espíritu y el orgullo de ser argentinos, poniendo nuestro mayor esfuerzo en construir un país mejor, con el mismo patriotismo, compromiso y entrega con que ellos lo hicieron.

¿Hasta cuándo? Hasta la última balsa.



Crucero "General Belgrano"



GRUPO DE TAREAS 79.3



C4-CRUCERO ARA
GENERAL
BELGRANO



D26-DESTRUCTOR
ARA



BOUCHARD
D29-DESTRUCTOR
ARA



PIEDRA BUENA
BUQUE TANQUE
YPF

PUERTO ROSALES

**2 de mayo 1982
a 16.25 hs**



**Inclinación 30°
Casco sumergido 7 mts.
El fuerte viento dificulta la
separación de las balsas.**

**2 de mayo 1982
a 16.50 hs**

Inclinación 60°

**Momentos previos al hundimiento.
Denso humo blanco sale de su
interior.
Avanza la noche.**

